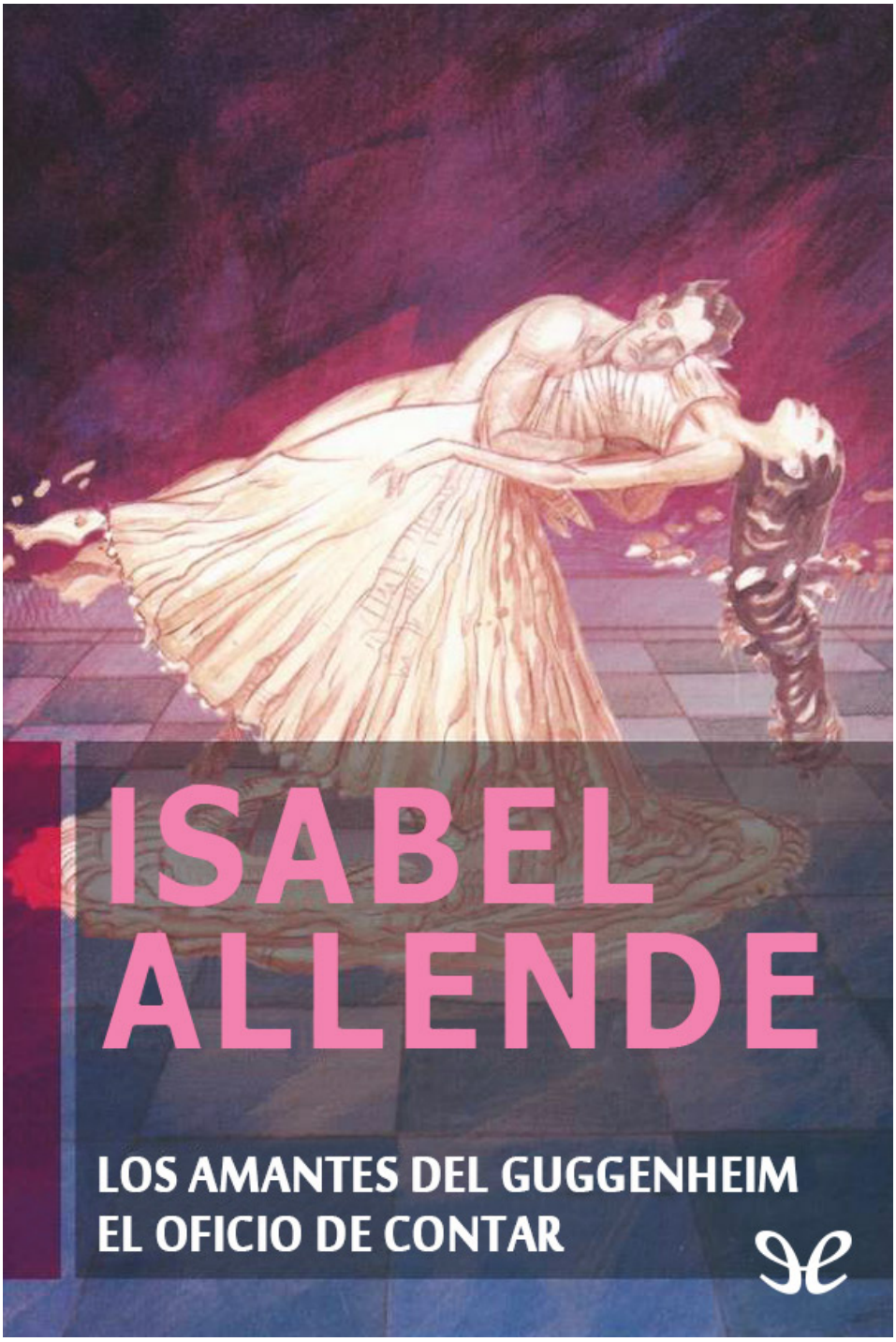

ISABEL ALLENDE

LOS AMANTES DEL GUGGENHEIM
EL OFICIO DE CONTAR

Los amantes del Guggenheim es un cuento que nos sumerge en los misterios del amor: la historia de un hombre y una mujer hallados por un vigilante a las cinco de la madrugada durmiendo en una sala del moderno museo de la ciudad de Bilbao. ¿Qué hacen allí? ¿Cómo es que no han sido descubiertos antes?

En su segundo texto, *El oficio de contar*, la autora de tantos libros inolvidables nos devela sus secretos a la hora de escribir. En un dialogo directo al corazón de sus lectores de todo el mundo, confiesa cómo y por qué escribe, de donde vienen sus historias. Es tal vez el mayor regalo de Isabel Allende podía hacerles a aquellos que llama, no sin razón, «Los locos que leen».

Isabel Allende

Los amantes del Guggenheim
El oficio de contar

ePub r1.2
fenikz 26.09.14

Isabel Allende, 2007

Editor digital: fenikz
ePub base r1.1

LOS AMANTES DEL GUGGENHEIM

Un vigilante nocturno encontró a los amantes durmiendo en un nudo de brazos y cabellos, envueltos en la espuma de un arruinado vestido de novia, en una de las salas del Museo Guggenheim en Bilbao. Eran las cinco de la madrugada, tal como sostuvieron primero el vigilante y luego los policías. El detective Aitor Larramendi agregó en su informe que regadas por todo el edificio había señales inconfundibles de una bacanal. Aunque jamás había asistido a una —hecho que secretamente lamentaba— su experiencia en toda suerte de vicios humanos le permitía detectar las huellas sin asomo de duda. La forma en que la atrevida pareja penetró al museo y permaneció allí, nunca quedó clara; los detenidos aseguraron haber pasado la noche adentro, pero los indignados guardias juran hasta hoy que eso es imposible, ya que ellos rondan sin descanso. Además, explicaron, las cámaras de televisión espían hasta el último pensamiento y las alarmas infrarrojas se disparan a la menor provocación. El museo está provisto de ojos mágicos que al parpadear activan una bullaranga de fin de mundo, alertando a la policía, a los bomberos y al director, hombre de constitución nerviosa, agobiado por el peso de la responsabilidad. Ni una cucaracha pasa desapercibida en el Guggenheim, aseguran los expertos en seguridad, mucho menos un par de locos explosivos como aquella pareja.

—Yo no vi un alma en toda la noche —dijo la muchacha cuando recuperó el entendimiento en una clínica de rehabilitación, once horas más tarde.

Se la habían llevado los paramédicos en una camilla, cubierta como un cadáver, pero todos pudieron vislumbrar las formas de su cuerpo bajo la sábana. Por el suelo arrastraba la cola del vestido de velos y el cabello oscuro de sirena. Entre tanto dos uniformados

condujeron al muchacho, desnudo y esposado, a un carro policial. Los testigos quedaron conmovidos y envidiosos.

—De vigilantes, nada, hombre. Esos tíos estarían jugando cartas o mirando la televisión. Medio mundo estaba anoche frente a la tele, por el escándalo del Papa, ¿sabe? Ella y yo anduvimos por todas partes persiguiéndonos como conejos, yo tal como mi madre me echó al mundo y ella siempre con su vestido de novia, porque no pude desabrocharle esos botoncitos de pulga —corroboró más tarde el joven, detenido en el cuartel de policía.

El detective Larramendi recuperó las flores marchitas del ramo nupcial, que se hallaban desparramadas en los diversos pisos. Las rosas, que fueran blancas en su estado virginal, yacían por los suelos de mármol convertidas en amarillentos moluscos, impregnando el aire del Guggenheim con un olor imposible a tumba de cortesana. El vestido con sus doce metros de gasa translúcida, que nuevo debe haber sido una nube prisionera entre las costuras, estaba reducido a una piltrafa mancillada por las huellas inconfundibles del amor. La falda y la enagua de tres vuelos habían servido de almohada y la cola de reina había barrido un sesenta y seis por ciento de los suelos de mármol, como precisó el detective después de concienzudo examen. Larramendi, bien apodado «el mastín de Bilbao», es un hombre que inspira respeto con su metro cincuenta y cinco de estatura, su esqueleto de lagartija y su enorme bigote de morsa pegado en la cara como una humorada de peluquero. El mismo funcionario encontró jirones de organza, cabellos ensortijados y restos de fluidos corporales. Con su instinto de sabueso pudo percibir el recuerdo de las caricias, los estremecimientos y los susurros de los sospechosos, que flotaban en el aire detenido del museo desde la entrada hasta la última sala del fondo a la derecha, pero no pudo hallar una sola botella vacía, corcho olvidado, colilla de mariguana o aguja de heroína, a pesar de su legendaria capacidad para descubrir rastros de culpabilidad donde no los hay. Larramendi no logró probar, por lo tanto, que los detenidos hubieran violado el reglamento del museo en ese respecto. La muchacha del vestido de novia debió haberse embriagado antes de penetrar al recinto, dedujo magistralmente el detective. En cuanto al hombre que estaba con ella, al examinarlo

sólo encontraron rastros mínimos de mariguana en la orina. Como el reglamento del museo no se refiere específicamente a la fornicación en ninguna de sus variantes, la justicia sólo podía castigar a la pareja por permanecer dentro del edificio después de la hora del cierre, un delito menor, teniendo en cuenta que aparte de ensuciar un poco los pisos, no hicieron daño; al contrario, según testimonio de los empleados, al día siguiente todo resplandecía como bañado de luz solar, aunque afuera seguía lloviendo sin tregua. Había llovido la semana entera.

—Por eso entramos, por la lluvia —dijo la muchacha—. A mí la humedad me encrespa mucho el pelo.

—¿Por qué ibas vestida de novia? —la interrogó Aitor Larramendi.

—Porque no tuve tiempo de cambiarme.

—¿Dónde se casaron?

—¿Quiénes?

—Tú y Pedro Berastegui —masculló el policía, haciendo un tremendo esfuerzo por permanecer calmado.

—Y ese ¿quién es?

—¡Quién va a ser, mujer! Tu marido o tu novio, en fin, el tipo que estaba contigo en el museo.

—¿Se llama Pedro? Bonito nombre. Es un nombre muy viril… ¿no le parece, inspector?

—Volvamos al principio. ¿Dónde y cuándo se conocieron?

—No me acuerdo. Las copas no me sientan bien a la cabeza, me tomo dos y me pongo como boba.

—Eso es evidente. Estabas completamente intoxicada.

—De amor…

—De amor dices, pero no sabes con quién estabas jodiendo en el museo.

—Ni idea.

—¿Cómo entraron?

—Por la puerta, claro.

—O sea, se introdujeron al establecimiento a la hora en que aún estaba abierto al público.

—No, ya estaba cerrado, me parece…

En su testimonio Pedro Berastegui, el afortunado joven a quien

la prensa llamó «el mago del amor», aseguró también que el museo parecía cerrado, pero ellos no tuvieron problema alguno para entrar, empujaron las puertas y estas cedieron blandamente. Adentro reinaba una suave penumbra y la calefacción debía estar encendida, porque en ningún momento tuvieron frío, aseguró.

—Es por las obras de arte, debemos mantenerlas a temperatura y humedad constantes —explicó el extenuado director del museo a Larramendi, y agregó que los acusados no podían haber ingresado al edificio como decían, porque a las cinco y cuarto en punto las puertas se trancan a machote con un sistema electrónico.

—Entramos sin problemas —repitió Pedro por centésima vez, fiel a su primera versión.

—¿Y qué pasó entonces? —inquirió Larramendi.

—¿Pretende que le cuente los detalles, inspector? Amarnos toda la noche, eso es lo que hicimos.

—¿Dónde y cuándo conociste a Elena Etxebarría?

—¡Conque así se llama! Elena… como Elena de Troya…

Aitor Larramendi concluyó que los transgresores no se conocían antes de cometer el delito y debió admitir, a regañadientes, que no hubo premeditación ni alevosía en sus actos.

Aquel sábado memorable Elena Etxebarría iba a casarse con su novio de toda la vida, un buen hombre que trabajaba en la modesta panadería de su padre y había sido nada menos que arquero del equipo de fútbol del Colegio San Ignacio de Loyola. Sin embargo, según averiguó el inspector al interrogar astutamente al jesuita que iba a desposarlos, así como a varios testigos presenciales, la boda de Elena Etxebarría y el futbolista nunca se llevó a cabo. Le contaron que la novia entró trastabillando a la iglesia, sostenida apenas por el brazo poderoso de su hermano mayor, con una hora de atraso y sollozando como viuda. Su llanto impedía oír con claridad los acordes de la marcha nupcial en el órgano. Otro indicio de que la novia no estaba en sus cabales fue que antes de llegar al altar se quitó los zapatos, lanzándolos lejos de dos patadas, y la evidencia final de su descontento se produjo cuando de súbito dio media vuelta y salió disparada del templo, dejando al futbolista, al oficiante y al resto de la concurrencia en un palmo de narices. No volvieron a saber de ella hasta el día siguiente, cuando apareció su

fotografía en *El Correo Español* bajo el título de «Los Misteriosos Amantes del Guggenheim».

—Repito: ¿dónde se conocieron? —insistió el detective.

—En la barra del bar de Iñigo y apenas la vi me llamó la atención —dijo Pedro Berastegui en su testimonio.

—¿Por qué? —preguntó el detective Aitor Larramendi.

—Por qué, qué.

—Por qué te llamó la atención, hombre.

—Bueno, no se encuentran a cada rato tías vestidas de novia, llorando y bebiendo como cosacos en un bar.

—¿Qué hiciste entonces?

—Le hablé.

—Sigue.

—Ella me lanzó una mirada y me enamoró. Así nomás fue, se lo juro. Tenía el maquillaje hecho una porquería, parecía un payaso, pero esos ojos verdes de faraona se me clavaron en el corazón. Se lo digo, inspector, nunca me había pasado algo así. Sentí un corrientazo brutal, como meter el dedo en un enchufe.

—¿Y ella?

—Ella puso la cabeza en mi pecho y siguió llorando como una cría. No supe qué hacer. Después de un rato me la llevé al baño y le lavé la cara. Le pregunté por qué lloraba tanto y me dijo que su novio era un cretino sin remedio. Entonces le ofrecí casarme con ella allí mismo.

—Estaban ebrios, claro.

—Ella estaba un poquín mareada, pero yo no bebo. Soy abstemio, que le dicen. Me había fumado un pito, pero de alcohol, nada. Al bar fui sólo a cobrarle a Iñigo una apuesta que habíamos hecho por lo del Sumo Pontífice.

—¿Qué te contestó ella?

—Dijo que bueno, que se casaría conmigo para aprovechar el vestido. Después me besó de lleno en la boca.

—¿Y tú?

—La besé también, ¿no habría hecho usted lo mismo? No podíamos despegarnos, nos besábamos apurados, desesperados. Fue amor a primera vista, como en el cine.

—¿Entonces?

—Entonces interrumpió el pesado de Iñigo y nos echó a la calle, dijo que nos fuéramos a un motel, que éramos unos desvergonzados. Todo para no pagarme la apuesta.

—Sigue.

—Nos fuimos. Echamos a andar sin rumbo, andábamos buscando una tasca para reponer un poco el cuerpo, nos habría venido bien un bocadillo, pero no encontramos ninguna. Se largó a llover suavecito y no teníamos paraguas; la cubrí con mi chaqueta, pero no había modo de evitar que se le arruinara el vestido. Quise llevarla a mi piso, pero me acordé que mi madre estaría con mis tíos viendo la tele, por el escándalo del Papa, ¿sabe?

—Sí, hombre, ya lo sé.

—Entonces el museo se me apareció por delante, como un truco de ilusionismo. ¡Una maravilla!

Y Pedro Berastegui enmudeció, perdido en los recuerdos de su espléndida noche.

—¡Continúa, carajo! —lo conminó el detective.

—Se me ocurrió que allí podíamos cobijarnos y corrimos por esa larga explanada que hay frente a las puertas del museo, la conoce, ¿verdad?

—¿Nadie los detuvo? ¿Dónde estaban los guardias?

—No había nadie, lo que se dice nadie, inspector.

—¿Y?

—Se lo dije, apenas tocamos la puerta se abrió, invitándonos a entrar. Ella me besó de nuevo y me dijo que quería cruzar el umbral en brazos, como una novia de verdad. Traté de levantarla pero me enredé en la cola del vestido y nos caímos, muertos de risa. Quisimos ponernos de pie y resbalamos de nuevo, por último entramos a gatas, besándonos y riéndonos y tocándonos por todas partes. Ahora sé cómo es la locura de amor, inspector. Yo nunca había…

—¿Vas a decirme que no averiguaste su nombre ni por qué andaba vestida de novia? —lo interrumpió el detective, quien llevaba veintitrés años de aburrido matrimonio y en el fondo no deseaba enterarse de placeres que tal vez nunca podría experimentar.

—No se me ocurrió, es la verdad, inspector. Además yo no soy

hombre de muchas palabras, voy directo al grano, ¿me entiende?

Larramendi también es de los que prefieren ir directo al grano, pero después, al interrogar a Elena Etxebarría, se propuso utilizar cierta sutileza con el fin de no asustarla.

—¿Eres puta? —le preguntó.

La chica, sentada muy tiesa en una silla de la clínica de rehabilitación, con su bata de loca y el cabello recogido en una larga cola de caballo, se echó a llorar, humillada. Entre hipos manifestó que se había educado en las monjas, había preservado intacta su virginidad hasta la noche del museo y no pensaba tolerar que un macaco bigotudo y patizambo la insultara de gratis, qué se había imaginado, a ver qué harían sus tres hermanos cuando lo supieran.

—Bueno, niña, cálmate. Es una pregunta de rutina, sin mala intención. Es que me parece un poco raro que Berastegui y tú hicieran lo que hicieron así nomás, sin ser presentados, sin saber ni el nombre del otro, nada…

—Fue como si nos conociéramos de siempre, inspector, como si hubiéramos estado juntos en otra vida. ¿Usted cree en la reencarnación?

—No. Soy cristiano.

—Yo también, pero una cosa no quita la otra, si usted lo piensa bien. Al momento de cruzar el umbral del museo fue como si estuviéramos casados ante Dios y el registro civil —dijo Elena y procedió a contarle que con su novio, el de antes, el futbolista, no sentía nada—. ¿Se imagina, inspector? Así es el destino. Si no salgo escapando de la iglesia y no entro en ese bar, no habría conocido nunca el amor verdadero —agregó.

—Esto no es amor, mujer, es lujuria, es puro delirio etílico. ¿Cómo explicas que ustedes dos pasaran la noche entera dando brincos por el museo y no quedaran grabados en las cámaras de vídeo?

—Tal vez nos volvimos transparentes…

—¡Mucho cuidado con el sarcasmo!

—¿No sabe que el Guggenheim está embrujado, inspector?

—¿Qué brutalidades dices? ¡Es el museo más moderno del mundo! —la interrumpió el detective Aitor Larramendi, aunque

sabía muy bien a qué se refería la joven de los ojos verdes.

Los rumores habían circulado apenas comenzó la construcción del edificio: decían que era humanamente imposible hacer algo de tal belleza sin pactar con las fuerzas del Otro Lado.

—Ese edificio está erizado de alarmas. No me explico cómo ninguna funcionó.

—¿Está seguro de que estábamos en el museo?

—¿Me estás tomando el pelo?

—Se lo pregunto en serio, inspector. Si estaba cerrado, como dice, y si no sonaron las alarmas, tal vez nunca estuvimos allí. La verdad es que donde hicimos el amor no parecía un museo, lo recuerdo como un palacio de cristal, una ciudadela de otro planeta, como las que salen en las películas.

—¿Cómo así? —preguntó Larramendi también por rutina, porque ya estaba cansado de todo este asunto.

—Por las ventanas veíamos caer diamantes, había una música de cascada…

—Lluvia, hija, era lluvia.

—Y un olor tenue de ciruelas maduras.

—Serían las rosas de tu ramo.

—No. Eran ciruelas. ¿Ha olido las ciruelas en verano, inspector? Es una fragancia espesa, deja la boca llena de urgencias.

—Está bien, olía a ciruelas.

—Usted dice que nos metimos en el Guggenheim, pero yo le digo que estábamos en un lugar fantástico, no había paredes, sólo vastos espacios de luz.

—Los muros son de cemento, Elena.

—Créame, eran salas imaginarias, palpitantes y mórbidas. No sólo se oía el agua, estoy segura de que algo vibraba en el aire, como un murmullo, como ese río de palabras que se dicen sin pensar cuando uno hace el amor. ¿Sabe a qué me refiero?

—No.

—Lástima. Bueno, entonces empezamos a flotar.

—¿Cómo es eso de flotar?

—¿Nunca ha estado enamorado, inspector?

—Aquí las preguntas las hago yo, ¿entendido?

—Íbamos flotando, de la mano, llevados por una brisa que

inflaba los velos de mi vestido.

—Dentro del edificio no hay brisa. Sería la calefacción.

—Eso mismo, inspector. Pedro, así me dijo que se llama, ¿no?, se despojó de los pantalones, la camisa, los calzoncillos y su ropa también flotaba, como globos de cumpleaños.

—Actos indecentes en un lugar público —determinó enfático el inspector.

—No había público. Pedro quiso quitarme el vestido, pero no pudo desabrocharlo. Esos botoncitos son imposibles, ¿sabe?

—¿Vas a decirme que seguían volando como moscas?

—Así mismo. Una vez que recorrimos todas las salas y nos metimos dentro de las pinturas y nos bebimos los colores y jugamos en el laberinto y bailamos con las esculturas, entonces aterrizamos.

—¿Dónde exactamente? —quiso averiguar Aitor Larramendi.

—¡Qué sé yo!

El mastín de Bilbao suspiró: la muchacha tenía menos cerebro que un pollo. Volvió al cuartel, donde Pedro Berastegui, todavía esposado, bebía café y comentaba el escándalo del Papa con dos detectives de turno. Larramendi no era partidario de confraternizar con los detenidos, porque se perdía autoridad y se violaba el reglamento. Después de arrebatarle el vaso de cartón de las manos, condujo de un ala al joven rumbo al cuarto verde de los interrogatorios.

—Así es que no le preguntaste el nombre a la chica —lo espetó, retomando sus preguntas donde las había dejado horas antes.

—No hubo tiempo para mucha conversación, estábamos algo ocupados, ¿sabe?

—Haciendo el amor como perros —lo interrumpió el inspector.

—Como ángeles, diría yo.

—Como un par de enajenados en pelotas.

—Yo sí, lo admito, pero ella tenía puesto el vestido y estaba cubierta por sus cabellos sueltos. ¿Vio qué lindo pelo tiene? Pura seda, como de muñeca.

—Ahórrate las metáforas, Berastegui. ¿Cómo desconectaste las alarmas y los televisores?

—Yo no toqué ninguna cosa. En ese museo pasan cosas raras. Mi tío, el cojo, hermano de mi madre, tuvo que ir a reparar el ascensor

la noche del Viernes Santo y dice que con sus propios ojos vio a una estatua moverse.

—¿Cuál?

—Una de esas torcidas con intestinos.

—¿Cómo se llama tu tío?

—No se meta con mi familia, inspector —replicó Pedro Berastegui, terminante.

El muchacho corroboró punto por punto las declaraciones de Elena Etxebarría. A pesar de su astucia legendaria para sorprender a los sospechosos en contradicciones fatales, Aitor Larramendi debió admitir que carecía de pruebas para mandar a ese par a la cárcel por algunos meses, como seguramente merecían. Sin embargo, la derrota no lo puso de mal humor, por el contrario, debió hacer un esfuerzo para dominar la ligereza en los pies y el asomo de sonrisa que pugnaban por delatar su verdadero estado de ánimo. Por primera vez su oxidado corazón de policía se regocijó ante un delito impune. Mal que mal, dedujo, se trataba de un vicio de amor. Muchos sostenían, como el tío cojo de Pedro Berastegui, que por la noche en el museo las estatuas bailaban la conga, las figuras salían de las pinturas a pasear por las salas y el espacio se llenaba de espíritus juguetones. Entre las conjeturas que se hizo el sagaz detective, estaba la posibilidad de que los amantes hubieran ingresado al Guggenheim en el instante preciso en que el edificio entraba en la dimensión de los sueños y así cayeron, sin proponérselo, en el tiempo que no marcan los relojes. Sería difícil explicar esta teoría a sus superiores, concluyó el detective pisando la colilla de su cigarro, pero con un poco de suerte tal vez no habría necesidad de hacerlo. Era época de elecciones, había problemas con los terroristas y huelga del Servicio Nacional de Salud, la situación no daba para perder el tiempo con enamorados mágicos. El Guggenheim no era más que un museo y ¿a quién le importa el arte? Si los chicos hubieran violado la seguridad del Banco de Bilbao, eso ya sería otra cosa.

Pocos días más tarde Aitor Larramendi cerró la carpeta del caso y la colocó al fondo del armario de los asuntos indefinidamente postergados, donde la lenta piedra de moler de la burocracia acabaría por reducirla a polvo. La prensa, ocupada todavía con el

escándalo del Vaticano, olvidó pronto a los misteriosos amantes del Guggenheim. El más afectado fue el director del museo, quien no logró quitarse la angustia, a pesar de que reemplazó a los guardias, instaló un nuevo sistema de seguridad y contrató a una célebre psíquica holandesa para desembrujar el museo. En cuanto a los protagonistas de aquel escándalo de amor, digamos simplemente que cuando Elena Etxebarría recogió el vestido de novia de la tintorería, Pedro Berastegui la esperaba en la esquina con un ramo de rosas frescas en la mano.

EL OFICIO DE CONTAR

Es un placer conversar con ustedes, los locos que leen. Dicen que somos una especie en vías de extinción, porque la cultura del ruido y el apuro está acabando con nosotros, pero la verdad es que cada día se publican más libros, así es que debe haber muchos lectores secretos escondidos en los rincones del mundo. Algunos de nosotros preferiríamos estar en cama con un buen libro que con nuestra estrella favorita del cine; pero no se preocupen, seguramente nunca tendremos la oportunidad de escoger. Nosotros, los lectores compulsivos, estamos unidos por un insaciable apetito de historias. Como los niños, deseamos sumergirnos en la magia de la narración, perdernos en el universo que nos propone el autor, sufrir y gozar con los personajes, que en algunos casos llegan a ser más importante que los miembros de nuestra propia familia. No podemos vivir sin libros: los compramos, los pedimos prestados y no los devolvemos, los robamos si es necesario, los coleccionamos.

Permítanme contarles cómo y por qué escribo.

El vicio de contar se manifestó muy temprano en mi vida. Tan pronto aprendí a hablar empecé a torturar a mis dos hermanos con cuentos tenebrosos que llenaban sus días de terror y sus sueños de pesadillas. Recuerdo una escena en la habitación que los tres compartíamos: la lámpara está apagada y la única luz viene del pasillo, por la puerta entreabierta; mis hermanos están sentados en la cama, pálidos, con los ojos desorbitados, temblando, mientras les cuento una historia de fantasmas. La casa de mi abuelo, donde vivíamos, era grande y sombría, perfecta para convocar espectros. Más tarde en mi vida, mis hijos tuvieron que soportar el mismo martirio de los relatos espeluznantes. En mi etapa adulta, sin embargo, los cuentos me han servido para seducir hombres: no hay nada tan sensual como una historia contada con pasión entre dos

sábanas recién planchadas.

Hace muchos años demolieron en Santiago la vieja casa de mis abuelos y en su sitio construyeron unas torres modernas, que no puedo reconocer entre centenares de edificios similares. Un día las máquinas del progreso llegaron con la misión de pulverizar la casona de adobe donde nació mi madre. Durante semanas vimos a esos implacables dinosaurios de hierro aplanando el mundo con sus patas dentadas, y cuando por fin se asentó la polvareda de beduinos que levantaron, comprobamos asombrados que en ese descampado todavía se erguían intactas las palmeras plantadas por un remoto bisabuelo amante de la botánica. Solitarias, desnudas, con sus melenas mustias y un aire de humildad, esperaban su fin; pero en vez del temido verdugo aparecieron unos trabajadores sudorosos provistos de palas y picos. En una larga faena de hormigas cavaron trincheras alrededor de cada árbol, hasta desprenderlo del suelo. Vimos sus finas raíces, entretejidas como encaje y aferradas a puñados de tierra seca. Las grúas se llevaron a los gigantes heridos hasta unos hoyos profundos que los hombres habían preparado en otro lugar y allí los plantaron. Los troncos gimieron sordamente, las hojas se cayeron en hilachas amarillas y por un tiempo creímos que nada podría salvar a las palmeras de tanta agonía, pero son criaturas tenaces. Una lenta rebelión subterránea fue extendiendo la vida, los tentáculos vegetales se abrieron paso en el suelo, mezclando los restos de tierra antigua con la tierra nueva. En una primavera inevitable amanecieron las palmeras agitando sus pelucas y contorneando la cintura, vivas y renovadas, a pesar de todo. El recuerdo de esos árboles de la casa de mis abuelos me viene con frecuencia a la mente cuando pienso en mi destino. Soy una eterna desterrada, como dijo una vez Pablo Neruda, el poeta de Chile y de mis amores. Mi suerte es andar de un sitio a otro, adaptarme y sobrevivir. Creo que lo logro porque mis raíces aún se aferran a puñados de mi tierra, como esas palmeras. Chile, mi país inventado, el país de los recuerdos y de la imaginación, viaja conmigo. Hace más de treinta años que no vivo en Chile, ya que mi familia y mi casa están en el norte de California, pero mi inspiración literaria nace en suelo chileno y se nutre de él. Varios de mis libros están situados en lugares geográficos muy distantes:

California, Venezuela, Barcelona, el Amazonas, los Himalayas, África y hasta en la China, pero la necesidad de narrar viene de mi infancia en Chile.

Me crie en una casa donde las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros. Los libros se reproducían de modo misterioso, se multiplicaban como una maravillosa jungla de papel impreso. En la noche, me parecía oír desde mi cama a los personajes que escapaban de las páginas y vagaban por las oscuras habitaciones. Caballeros, doncellas, brujas, piratas, bandidos, santos y cortesanas llenaban el aire con sus aventuras. Una madrugada, durante uno de nuestros famosos terremotos, las estanterías se vinieron al suelo con terrible estrépito. Horrorizada, comprendí que los personajes no podrían encontrar el camino de regreso a sus páginas y se verían forzados a buscar refugio en el primer volumen a su alcance. ¿Se imaginan la confusión, el caos, el descalabro del tiempo y del espacio literarios? La imagen de esos personajes exiliados de su propio libro me ha perseguido desde entonces. A veces imagino que esos seres perdidos acuden a mí para que escriba una historia en la que ellos puedan sentirse a gusto.

La escritura es para mí un intento desesperado de preservar la memoria. Por los caminos quedan los recuerdos como desgarrados trozos de mi vestido. Escribo para que no me derrote el olvido. Cada día, al sentarme ante la pantalla en blanco de mi computadora, cierro por un instante los ojos y vuelvo a aquella casa donde me crie, al español de mi infancia, con su acento chileno, a las extraordinarias mujeres que me formaron: mi abuela, quien me enseñó a leer los sueños; mi madre, quien todavía me obliga a mirar los acontecimientos por detrás y a la gente por dentro; las viejas empleadas que me transmitieron los mitos y leyendas populares y me iniciaron en el vicio de las radionovelas; mis amigas feministas que en los años sesenta y setenta conspiraban para cambiar el mundo; las periodistas que me dieron las claves del oficio. Con ellas aprendí que la escritura no es un fin en sí mismo, sino un medio de comunicación. ¿Qué es un libro antes que alguien lo abra y lo lea? Sólo un atado de hojas cosidas por el canto… Son los lectores

quienes le instilan el aliento de la vida.

Casi todos mis libros se gestan a partir de una impresión o una emoción profunda que me acompaña por largo tiempo. Después del golpe militar de 1973 en Chile, que interrumpió una larga trayectoria democrática y en el que murió el Presidente Salvador Allende, me fui con mi familia a Venezuela. El 8 de enero de 1981 recibí en Caracas una triste noticia desde Santiago: mi formidable abuelo, que ya tenía casi cien años, agonizaba. Esa noche me instalé en la cocina de nuestro apartamento con mi máquina de escribir portátil y comencé una carta para aquel abuelo legendario, una carta espiritual que seguramente él no alcanzaría a leer. La primera frase fue escrita en trance. Mis dedos volaron sobre el teclado y antes que alcanzara a darme cuenta había escrito: *Barrabás llegó a la familia por vía marítima*. ¿Quién era ese Barrabás y por qué llegó por vía marítima? El único con ese nombre fue un perro enorme, un gran danés, que según cuentan vivió en mi familia antes de que yo naciera. ¿Qué tenía que ver Barrabás en una carta de despedida a mi abuelo? Aún no lo sabía, pero con la confianza del ignorante, seguí escribiendo sin pausa. En esa época yo trabajaba dos turnos, doce horas al día, en una escuela, pero las noches eran mías. Después de cenar me encerraba a escribir, sin esfuerzo, sin pensar. Mi abuelo murió y seguí escribiendo. Al cabo de un año había quinientas páginas sobre la mesa de la cocina, un manuscrito gordo, sucio, desordenado; ya no era una carta, parecía más bien un libro. En la soledad del exilio quise recuperar mi país, resucitar a los muertos, reunir a los dispersos. La nostalgia por Chile, mi patria a los pies del mundo, motivó *La casa de los espíritus*. Ese Barrabás que llegó por vía marítima y los otros personajes de aquella primera novela cambiaron mi destino y me iniciaron en el mundo sin retorno de la literatura. Han pasado veinticinco años desde que se publicó ese libro y desde entonces he escrito diecisiete más, publicados en muchas lenguas: puedo decir con confianza que encontré mi vocación. He tenido mucha suerte.

Creo que mis libros no nacen de una idea, sino que crecen en el vientre como una semilla pertinaz. No escojo el tema, el tema me escoge a mí. Mi trabajo consiste en dedicar suficiente tiempo y disciplina a la escritura, para que los personajes aparezcan de

cuerpo entero y hablen por sí mismos. No los invento, creo que existen en una misteriosa dimensión, esperando que alguien los traiga al mundo. Cada 8 de enero, cuando comienzo otro libro, llevo a cabo una breve ceremonia para llamar a los espíritus y las musas, luego pongo los dedos en las teclas y dejo que la primera frase se escriba sola, tal como ocurrió la primera vez. Me ronda una idea vaga, más bien un sentimiento, pero carezco de un plan, no sé cómo será la historia que voy a contar. Esa frase inicial entreabre una puerta por donde me asomo tímidamente al mundo de los personajes, que poco a poco irán revelándose con sus contornos precisos, cada uno con su propia voz, su biografía, su carácter, sus manías y grandezas. En el paciente ejercicio de la escritura diaria, la historia se va definiendo en forma natural.

Los acontecimientos y la gente que he conocido en el viaje de mi vida son mi fuente de inspiración. Por lo mismo trato de exponerme a todos los vientos, sin permitir que los dolores y riesgos inevitables me asusten demasiado. Las experiencias de hoy son mis recuerdos del mañana, serán mi pasado, la materia esencial de la memoria. Supongo que si tuviera una existencia segura y contenta no tendría de qué escribir, por eso prefiero vivir mi vida como una novela. Hasta ahora me ha ido resultando, no me ha faltado melodrama, pero supongo que llegará un momento en que se calmarán las aguas, me pondré anciana y entonces tendré que inventar lo que falta para completar mi propia leyenda. En la mente y el corazón sólo guardo aventuras, amores, duelos, separaciones, cantos y lágrimas, fracasos memorables y éxitos inesperados; las pequeñeces cotidianas han desparecido. Tiendo a contar mi vida en forma exagerada, a todo color, en pantalla grande, como esas películas épicas en que se desplazan millares de extras por extensos panoramas: *Cleopatra, Guerra y paz, Lo que el viento se llevó*. El resultado es que ya no sé cuánto hay de memoria y cuánto de imaginación en las múltiples versiones de mi pasado. Como dice mi nieta, yo recuerdo lo que nunca ocurrió.

En mi trabajo de escribir, paso tantas horas callada y a solas, que la realidad se me desdibuja y termino oyendo voces, viendo fantasmas e inventándome yo misma. El tiempo se me enreda y empiezo a caminar en círculos; tal vez el tiempo no pasa, sino que

nosotros pasamos a través del tiempo; tal vez el espacio está lleno de presencias de todas las épocas, como decía mi abuela, y todo lo que ha sucedido y lo que sucederá coexiste en un presente eterno. Siempre tengo la mente llena de historias, pero no crean que ando distraída, todo lo contrario: ando con los ojos muy abiertos y los oídos atentos, porque lo que ocurre en el mundo también es mi fuente de inspiración. Vivo a través de mis personajes y vivo cada historia como si fuera la mía.

Con la edad es más fácil escribir ficción, porque he vivido lo suficiente para ver cómo los círculos se cierran, cómo todo trae consecuencias, todo está interconectado, nada es casual. Una novela no es diferente a la vida. En una novela, como en la vida, no importa el final, sino el trayecto. Día a día se hace la vida, palabra a palabra se hace una novela. La escritura es un trabajo lento, silencioso y solitario. Mis nietos, que me ven ante el ordenador durante horas interminables, creen que estoy castigada. ¿Por qué lo hago? No lo sé… Es una función orgánica, como el sueño o la maternidad. No puedo describirlo sin caer en un cliché. Contar y contar… es lo único que quiero hacer.

Me parece que he tenido un destino aventurero, porque he sobrevivido tres revoluciones, una invasión de los marines americanos en el Líbano, cuatro terremotos y un golpe militar. De cada país salgo expulsada por alguna catástrofe, como si la violencia anduviera siempre pisándome los talones. Cuando en 1987 me enamoré de Willie, el hombre que hoy es mi marido, y me fui a vivir a los Estados Unidos, pensé que mi suerte había cambiado y por fin tendría cierta estabilidad, pero en este tiempo me ha tocado un quinto terremoto, esta vez en San Francisco, un huracán en Florida y otro en Nueva Orleans, un asalto a mano armada en Oakland, el famoso ataque terrorista en Nueva York, un incendio en el área donde vivo, que destruyó trescientas casas, y además varios años de la desgraciada presidencia de George W. Bush. Tengo mucho para material para escribir.

Sin embargo, mi escapada más espectacular no fue un cataclismo político o geológico. Al final de los años setenta yo

trabajaba en Venezuela en un colegio para chiquillos fregados (creo que ahora los llaman niños con problemas de aprendizaje…). Un día faltó una maestra de música y me mandaron a cuidar la clase. Me encontré encerrada en un cuarto con veinte salvajes fuera de control, que brincaban y se daban de golpes con las flautas y los violines. Estaba yo a punto de huir, aterrorizada, cuando se abrió la puerta y entró una mujer gorda, olorosa a jabón, provista de un balde y una escoba. Supongo que venía a limpiar, pero al ver la situación decidió intervenir y, sin alzar la voz, en un tono tranquilo y amable, dijo: «Había una vez…». De inmediato se calló el clamor y el aire pareció detenerse. Ella repitió esas tres palabras: «Había una vez…». ¡Y los conquistó! Los monstruos se sentaron en absoluto silencio cuando ella comenzó a contarles un cuento. Esa mujer tenía el don de narrar. No recuerdo el relato, pero recuerdo que estuve prendida de sus palabras, atrapada en el suspenso, el ritmo, los personajes, el argumento. Nos cautivó por igual a los veinte chiquillos hiperactivos y a mí. Eso es lo que intento con cada uno de mis libros: coger a mi lector por el cuello y no soltarlo hasta la última línea.

«Había una vez…». Esas palabras son mágicas. Las historias han acompañado a la humanidad desde el comienzo de los tiempos. Algunas, contadas una y otra vez, describen nuestro viaje por la vida y la muerte y se convierten en mitos: el Jardín del Edén, la diosa madre, el diluvio que cubrió el planeta, los héroes en busca del Padre, la lucha entre el Bien y el Mal, los actos de valor, los amores contrariados, los sacrificios necesarios, las batallas contra los dragones de nuestra propia alma. Los grandes temas se repiten innumerables veces, sólo podemos tejer nuevas versiones, pero un narrador hábil puede recrear la historia con el encanto de la primera vez.

Nosotros, los latinoamericanos, provenimos de una cultura de narradores. El papel del narrador es interpretar sueños, desenterrar secretos y preservar historias. La tradición oral ha declinado, vencida por medios modernos de comunicación, y ha dado paso a una sólida tradición literaria; el narrador ya no se sienta bajo un

tenderete en la plaza del mercado a hipnotizar a los oyentes con sus palabras, ahora escribe, pero su misión es la misma de antes: interpretar sueños, desenterrar secretos y preservar historias. Los escritores son muy respetados en América Latina, a pesar de que todavía un porcentaje significativo de la población es analfabeta, que poca gente tiene los medios económicos para comprar libros o el hábito de la lectura, y de que casi nada se publica en las lenguas de los pueblos indígenas. Nuestros grandes escritores son consultados sobre los temas más diversos, como si fueran oráculos o profetas, y algunos han sido presidentes, como Domingo Faustino Sarmiento, o candidatos a la presidencia, como Pablo Neruda y Mario Vargas Llosa, no tanto por sus ideas políticas como por sus obras.

Tomen nota de que hablo en masculino, ya que las escritoras no son tratadas con la misma consideración, salvo si son tan herméticas que nadie las entiende, o están muertas, como Sor Juana Inés de la Cruz o Gabriela Mistral. Muertas no le hacen sombra a los machos consagrados de la cultura parroquial. Las mujeres todavía debemos abrirnos paso a codazos en los cerrados círculos literarios de nuestros países, que son clubes de hombres. Como feminista y como escritora, he desafiado al patriarcado en varios frentes y por ello he tenido que pagar un alto precio, pero no me quejo, porque por cada golpe recibido, he dado dos. Supongo que en general las mujeres se sienten cómodas en su condición femenina, pero yo quise ser hombre durante los primeros treinta años de mi vida, porque es mucho más fácil. Una mujer tiene que hacer el doble de esfuerzo que cualquier hombre para obtener la mitad de reconocimiento. El campo de la literatura es aún más arduo. Por fortuna, la situación está cambiando en algunas partes del mundo. Hoy, más mujeres que hombres compran y leen novelas; eso ha abierto el campo de la literatura de ficción a las escritoras. Ahora, que ya soy abuela y en pocos años más seré bisabuela, puedo decir que superé por completo el deseo de ser hombre. He hecho casi todo lo que puede hacer un hombre y algunas cosas que sólo podemos hacer las mujeres. No ha sido fácil, pero ha sido muy entretenido.

No es de extrañarse que América Latina haya producido tanta

literatura y tan buena, ya que tenemos dónde inspirarnos. Quinientos años atrás, cuando españoles y portugueses conquistaron ese vasto territorio, se produjo el choque violento de las monarquías cristianas de Europa con las culturas de América, que en algunos casos eran complejas teocracias y en otros casos eran pueblos muy primitivos y hasta caníbales. Las cartas que los conquistadores escribieron hablaban de ciudades de oro puro, donde los niños jugaban con diamantes, de fuentes de eterna juventud, de seres mitológicos con un solo ojo en el medio de la frente y un pie tan grande, que podían levantarlo por encima de la cabeza para darse sombra a la hora de la siesta. Esos hombres que vinieron tras las huellas de Cristóbal Colón fueron responsables de uno de los peores genocidios de la historia. Millones de indígenas murieron a causa de las enfermedades de los europeos, miles prefirieron el suicidio a la esclavitud, pueblos enteros fueron borrados de la faz de la tierra, ciudades, templos y dioses desaparecieron en humo y espanto. Los descendientes de esos pueblos humillados todavía buscan su identidad en el espejo destrozado de la historia. Durante cinco siglos todas las razas del planeta han venido a las costas latinoamericanas: esclavos negros, aventureros y mercaderes europeos, refugiados judíos y asiáticos, inmigrantes y exiliados, eternas procesiones de seres humanos que escapan de guerras, persecuciones y pobreza, o que simplemente buscan nuevos horizontes de esperanza. Llegaron con sus tradiciones, sus lenguas, sus recuerdos y sus dolores, se mezclaron con la población indígena en un abrazo desesperado de odio y de amor, y así dieron origen a un pueblo marcado por un destino trágico y por una imaginación desatada, que tiene su expresión máxima en lo que se ha llamado realismo mágico. El realismo mágico ha pasado de moda en la literatura, los autores jóvenes lo aborrecen, pero sigue vigente en la vida, que está llena de misterios: coincidencias, sueños, casualidades, premoniciones, el poder alucinante de la naturaleza, pasiones y vicios que determinan el curso de la historia. Los latinoamericanos tenemos poco control sobre los acontecimientos o sobre nuestras propias vidas, por eso tendemos al pensamiento mágico, creemos en el destino y la suerte. Eso explica el fervor religioso y la obsesión con los juegos de azar de nuestros pueblos.

En América Latina nos une la historia, pero estamos lejos de ser una sociedad homogénea. Vivimos aislados, en pequeñas provincias que los conquistadores dibujaron en sus mapas destinados a los palacios de piedra de remotos reyes católicos. Dividieron el territorio para controlarlo y nosotros hemos mantenido las divisiones, no sólo de fronteras, sino también de clases y razas; nuestro continente es una torta de milhojas. Sin embargo, existe una sorprendente continuidad en la cultura. Allí donde los políticos han fracasado, los artistas han triunfado. Escritores, pintores, músicos, poetas, cada uno imaginando la realidad e interpretando el pasado de maneras originales, han creado un coro de voces diversas, pero armónicas. Ellos narran nuestra América al mundo y a nosotros mismos. Ellos nos ayudan a buscar nuestra escurridiza identidad. Son nuestros chamanes.

Me gusta el meticuloso oficio de una novela larga y complicada, pero temo el desafío de un cuento corto, dos géneros muy distintos. En una novela uno crea un universo agregando detalles, como se borda una tapicería con hilos de muchos colores; con el diseño se disimulan los defectos y al final lo que importa es la impresión general. Un cuento, en cambio, es como una flecha. El escritor sólo tiene un tiro, se requiere dirección y velocidad exactas, tensión perfecta, la muñeca firme del arquero. En un cuento no hay tiempo ni espacio para errores, todo se nota. Si no tiene el tono justo en la primera frase, mejor dejarlo; si se corrige demasiado se pierde la brisa fresca que echa a volar la imaginación del lector. Para una novela se necesita paciencia, tiempo, concentración y ojo para los detalles. Un cuento exige inspiración y buena suerte.

No puedo separar mi vida y mi trabajo como narradora, están firmemente entrelazados. Para mí la vida se hace al escribirla, lo que no escribo lo borra el viento del olvido. A menudo no distingo la realidad cotidiana de la ficción que escribo, creo que todo lo que escribo es verdad y si no lo es ahora, puede ser verdad mañana. Seguramente esto tiene un nombre en psiquiatría y si no escribiera seguramente estaría en un manicomio. Cuando era niña, me castigaban por decir mentiras, ahora que vivo de estas mentiras me llaman escritora.

Mi marido sostiene que tengo cincuenta versiones de cómo nos

conocimos y que todas son verdad. No es demencia senil de mi parte, siempre he sido igual, la realidad me resulta escurridiza. ¿Cuál es la verdad? No lo sé. Tal vez sólo existe la verdad poética.

En *El libro de los abrazos*, Eduardo Galeano nos entrega un hermoso cuento que constituye una metáfora espléndida de la escritura: *Había una vez un viejo solitario que pasaba gran parte del día en la cama. Se rumoreaba que tenía un tesoro escondido en su casa y un día unos ladrones se metieron a buscarlo. Escarbaron por todos lados y por último encontraron un baúl en el sótano. Se lo llevaron y al abrirlo descubrieron que estaba lleno de cartas. Eran todas las cartas de amor que había recibido el anciano durante su larga vida. Los ladrones iban a quemarlas, pero lo conversaron y decidieron devolverlas a su dueño. Una por una. Una por semana. Desde entonces, cada lunes al mediodía, se puede ver al anciano esperando al cartero. Al verlo aparecer, corre a recibirlo, mientras el cartero, que está al tanto del asunto, agita la carta en la mano. Y entonces hasta San Pedro puede oír los latidos de ese corazón, loco de alegría al recibir el mensaje de una mujer*.

¿No es esta la esencia juguetona de la literatura? Un acontecimiento vulgar transformado por la verdad poética. Esos ladrones son como los escritores, toman algo común, en este caso las cartas, y mediante un truco de magia lo transforman en algo completamente fresco. En el cuento de Galeano las cartas existían y eran del viejo en primer lugar, pero yacían olvidadas en un sótano oscuro, estaban muertas. Mediante el simple hecho de mandarlas por correo una por una, una cada semana, los buenos ladrones resucitaron las ilusiones de aquel pobre hombre. En eso consiste a menudo la escritura: encontrar tesoros ocultos, dar brillo a los hechos gastados y revitalizar el alma desesperada mediante el soplo de la imaginación.

Contar es para mí una experiencia orgánica, como hacer el amor con el amante perfecto. Siempre es exultante. Escribir ha sido mi salvación en las épocas trágicas de mi vida y mi manera de celebrar en las épocas alegres. La literatura me ha permitido exorcizar algunos de mis demonios y transformar mis derrotas, dolores y

pérdidas en fuerza. Debo inventar muy poco para mis novelas, porque la realidad es siempre más espléndida que cualquier engendro de mi imaginación. Llevo las antenas dispuestas en todas direcciones para captar las voces del aire, los susurros, lamentos y risas, las pequeñas anécdotas tanto como las grandes aventuras. En el mejor de los casos, la escritura intenta dar voz a quienes no la tienen o a quienes han sido silenciados, pero cuando escribo no me impongo la tarea de representar a nadie, trascender, dar un mensaje o explicar los misterios del universo, simplemente trato de contar la historia en el tono de las conversaciones privadas. Desde que comencé a escribir, hace un cuarto de siglo, me he convertido en una voraz cazadora de historias. Escribo mucho, escribo siempre, porque siento que no me alcanzará la vida para contar todo lo que deseo contar.

Pablo Neruda expresó este sentimiento algo pretencioso, es cierto, pero también extraordinario, de querer formar parte de cada experiencia humana. El poeta escribió:

No puedo
sin la vida vivir,
sin el hombre ser hombre
y corro y veo y oigo
y canto,
las estrellas no tienen
nada que ver conmigo,
la soledad no tiene
flor, ni fruto.
Dadme para mi vida
todas las vidas
dadme todo el dolor
de todo el mundo,
yo voy a transformarlo
en esperanza.
Dadme
todas las alegrías
aun las más secretas
porque si así no fuera

¿cómo van a saberse?
Yo tengo que contarlas,
dadme
las luchas
de cada día
porque ellas son mi canto…

Gracias, amigos, por leer mis libros con tan sostenida fidelidad. ¿Qué sería de mí sin ustedes? Si no tuviera lectores tal vez no escribiría, porque no lo hago sólo para mí, mi afán es comunicar; cada libro es una mano extendida, que con suerte otra persona estrechará en las sombras. Lo que no escribo acaba olvidado o perdido en un laberinto de confusión y contradicciones. La palabra define, preserva, aclara. Mis parientes deben soportar que hasta lo más privado se ventile en las páginas de un libro; a nadie le gusta tener un escritor en la familia. Lo lamento, pero no puedo evitarlo, porque mi vida adquiere contornos precisos cuando la cuento. Si no pudiera hacerlo, me agobiaría la soledad.

ISABEL ALLENDE (Lima, Perú, 2 de agosto de 1942). Escritora chilena, premio nacional de literatura 2010.

Ha vendido más de 51 millones de ejemplares y su trabajo ha sido traducido a más de 27 idiomas. Ha sido considerada como la escritora de lengua española más leída del mundo.

Hija del diplomático chileno Tomás Allende Pesce y de Francisca Llona Barros, nació en Perú, mientras su padre se desempeñaba como embajador de Chile en el Perú. Su padre era primo hermano de Salvador Allende, presidente de Chile entre
1970-1973
(en algunas publicaciones se les cita erróneamente como hermanos). Isabel Allende es de ascendencia española (concretamente, vasca) por padre y de ascendencia portuguesa y española (vasca y castellana) por parte materna. Sus padres se separaron en 1945, y su madre retornó a Chile con ella y sus dos hermanos, donde vivió hasta 1946.

Entre 1953 y 1958, su familia residió sucesivamente en Bolivia y Beirut (Líbano). En Bolivia frecuentó una escuela estadounidense y en Beirut estudió en un colegio normal privado inglés.

En 1958 retornó a Chile y se reencontró con Miguel Frías, con quien contrajo matrimonio en 1962. En Santiago de Chile en 1963 nació su hija Paula. De retorno a Chile en 1966, nació su hijo Nicolás. Vivió en Venezuela desde 1974 hasta 1988.

Los viajes constantes que emprendió promocionando sus libros hicieron que su matrimonio con Frías llegara a término. Divorciada de su marido, se casó con Willie Gordon el 7 de julio de 1988 en San Francisco. Ha vivido en Estados Unidos desde 1988 y en 2003 obtuvo la ciudadanía estadounidense.

En el plano literario, confiesa que cuando comienza a escribir ella genera un lugar, una época y los personajes y la historia se van dando por sí solos, es decir, no tiene un plan inicial con todas las acciones. Varios de sus libros han nacido de cartas o reflexiones personales; *La casa de los espíritus* y *Paula*, son ejemplos de esto. Compuso *Paula* como un homenaje a su hija y, aunque muchos estudiosos catalogan la obra en el género autobiográfico, ella misma indica que es más como una «memoria» porque no es una biografía propiamente dicha sino una colección de recuerdos más cercana a la ficción que a la realidad, aunque esta última la inspiró.

El humor es parte integral de sus escritos, ya sean periodísticos u obras literarias. Confiesa que se acostumbró a escribir de esta manera cuando era periodista y ahora, gracias a eso, puede ver la historia «detrás» de cada asunto, una visión alternativa.

La ciudad de las bestias es su intento de llegar al público lector joven. Decidió escribirlo después de dos libros con bastante investigación histórica; este nuevo libro le daría un descanso y en él podría plasmar su imaginación de una manera más libre, ya que la ficción histórica siempre requiere mucho cuidado para atenerse a los hechos sucedidos.

Cuando era periodista los demás eran su cuento; ella tenía derecho a tocar el timbre de una casa, meterse dentro y hacer preguntas o detener a un desconocido a media calle e interrogarlo acerca de cosas personales (pensamientos).

Su obra ha sido clasificada en el movimiento literario conocido como

Post-Boom
, aunque algunos estudiosos prefieren el término «Novísima literatura». Este movimiento se caracteriza por la vuelta al realismo, una prosa más sencilla de leer pues se pierde la preocupación por crear nuevas formas de escribir (meta-literatura), el énfasis en la historia, la cultura local, entre otros.